

gable en la abnegación personal y en la fidelidad á la vocación.

Así como la fe sin las obras es muerta, así también, una oración, siquiera sea la más profunda contemplación, no tardará en convertirse en causa de relajamiento y de ruina sin la práctica enérgica de la virtud.

11. Utilidad de la contemplación para la vida exterior y para la vida interior.—Si nos detenemos, pues, un instante para examinar aquí la vida interior y contemplativa solamente en sus efectos sobre el alma, habremos de convenir en su inmensa utilidad.

Bajo este concepto, los antiguos paganos nos cubren de confusión. «Lo bueno es siempre útil»—dijo Platón. ⁽¹⁾—Y Hermes Trimejisto nos ha conservado estas bellas palabras: «No hay sabiduría que no cure la locura, ni luz que no expulse las tinieblas. No puede calificarse de perfume lo que no lisonjea agradablemente al olfato; ni de verdad lo que no refuta la mentira, ni de remedio lo que no cura la enfermedad, ni de bien lo que carece de utilidad y provecho». ⁽²⁾

¿Y dudaremos todavía de que la vida interior sirve de algo bueno? Cuando no produjera otro resultado que hacer á uno más paciente, más animoso, más fuerte, más generoso, más fiel, más recogido, más sereno en el cumplimiento del deber, ¿no demostraría ya su utilidad?

Pero el Apóstol dijo que «la piedad es útil para todo, contando con la promesa de la vida presente y de la futura». ⁽³⁾

Quien aspire á referir únicamente á la otra vida, ó á la vida íntima de algunos particulares, las ventajas de la vida interior y de la santidad, tampoco sabe lo que es la piedad.

Si es posible reconocer la verdadera oración en que hace á uno más celoso en la adquisición de la virtud, más

(1) Plato, *Alcibiades*, I, 12, p. 116 d.

(2) Shahrastani (Haarbrücker, II, 66).

(3) I Tim., IV, 8.

fiel en el cumplimiento del deber, más perseverante y más fuerte, la verdadera vida interior debe igualmente manifestarse en actos externos.

Y se manifiesta, en efecto.

¿Qué, sino, hizo capaces á los Apóstoles de recorrer y convertir al mundo entero? Persuadidos estamos de que lograron este resultado gracias á su infatigable actividad y á la inmensa variedad de sus esfuerzos. Uno de los más excelentes maestros de la vida espiritual dice que se explica esto por su vida contemplativa. ⁽¹⁾ Y los Apóstoles le dan la razón, por cuanto dicen que todo lo rehusaron, excepto la oración y la predicación de la palabra divina, especialmente la administración de los Sacramentos. ⁽²⁾

¿Quién, pues, ha hecho fértiles los desiertos, roturado los bosques, transformado los pantanos en magníficos jardines, sino hombres entregados á la vida contemplativa? ¿En dónde hubiera hallado la audaz Edad Media la fuerza y la energía necesarias para construir esas soberbias catedrales góticas, y ese edificio no menos grandioso que se llama la escolástica, para emprender esas cruzadas que duraron siglos, y para realizar esas heroicas hazañas producidas en todas las latitudes de la tierra, si los hombres de aquella época no las hubiesen sacado de la fuente eternamente fresca de la meditación y del retiro? ¿Y qué es lo que da á esos pacientes silenciosos, á esos obreros infatigables, á esas víctimas admirables de la caridad que vemos todavía en el día de hoy, aquí en forma de esposa agobiada de inauditos disgustos, allá en la de una criada ó de una pobre hermana de la caridad, qué es lo que les da, —repetimos— esa fuerza casi incomprensible de que ofrecen admirables pruebas, sino la oración, la confesión, la misa y la comunión?

Quitadles todo esto, y les arrebatad el secreto de su fuerza. Abandonarán el trabajo, huirán del sacrificio y se acabará su paciencia.

(1) L. Lallemand, *Doctrine spirituelle*, princ. 7, ch. 4, a. 4.

(2) Act. Apost., VI, 4. I Cor., I, 17.

¡Qué dureza y qué ceguedad al propio tiempo el querer privarles de su único consuelo y de la única fuente de su fuerza!

12. Dependencia íntima que se da entre la vida contemplativa y la vida activa.—Si comprendiese el mundo sus propios intereses, recomendaría eficazmente lo que menos tolera: la piedad. Sin gusto en el trabajo, sin tenacidad en el trabajo y sin éxito en el trabajo, todo trabajo es inútil. Ahora bien, tres frutos son estos que sólo maduran en el árbol de la verdadera piedad.

Sólo una piedad como la de los euchitas y los mesalinos cree poder abandonarse á la pereza en el servicio de Dios. ⁽¹⁾ En cambio, el espíritu del mundo, que nada conoce fuera de lo terrenal hace del hombre una máquina, invitando menos al trabajo, que haciendo nacer en él una inquietud y una precipitación tales que acaban por agotarlo.

En ambos extremos, de nada aprovecha el trabajo.

Pero el que posee el Espíritu de Dios, posee también el espíritu del verdadero trabajo. Dios es continuamente activo. ⁽²⁾ Es la actividad pura, porque su actividad procede de su naturaleza, del propio modo que es manifestación y nota característica de su vida más íntima. Por eso Dios no sale nunca de sí mismo, no se agota jamás, cualquiera que sea su actividad externa. En Él su perfección es su actividad, y su actividad su perfección.

En esto, es Él para nosotros el modelo de toda actividad sana. Una sola mirada sobre Él nos enseña que media una dependencia íntima entre la actividad y la perfección. Los primeros monjes del desierto son prueba de ello. ⁽³⁾

En efecto, sin la actividad constante del espíritu, no hay perfección. Allí donde no se practica el trabajo en una forma cualquiera, la vida espiritual, y sobre todo la vida religiosa, no prospera. ⁽⁴⁾ Los santos y los maestros de la

(1) *Vitae Patrum*, 3, 55, 56, 212; 5, 12, 9. Augustin., *De opere monachorum*.

(2) Ioan., V, 17.

(3) Augustin., *De op. monach.*, 30, 38.

(4) Cassian., *Inst.*, 10, 23.

perfección consideran como la primera condición de su florecencia y desarrollo, la feliz unión del trabajo y de la oración, de la vida contemplativa y de la vida activa.

Penetrados de esta convicción, los antiguos monjes llegaban hasta consagrar, aun durante la noche, cuatro horas á la oración, cuatro al trabajo y cuatro al reposo. ⁽¹⁾

Pero la razón principal que les movía á conceder tal importancia á la unión del trabajo y de la contemplación, menos era una razón externa, como, por ejemplo, el deseo de no ser una carga para nadie, ó la intención de consolar las miserias ajenas, que una razón más profunda, puramente ascética.

Con todo, esto no quiere decir que excluyeran por completo los otros motivos de trabajo. ⁽²⁾ Por lo contrario, tenían constantemente á la vista el ejemplo de San Pablo, quien, no obstante sus labores apostólicas, vivía del trabajo de sus manos; ⁽³⁾ como él, mostrábanse satisfechos de no haber comido nunca el pan ajeno desde que habían entrado en la vía de la piedad y de la vida religiosa, ⁽⁴⁾ y sentíanse alentados á una actividad sin descanso por los ejemplos de aquellos monjes que, gracias á los frutos de su trabajo, podían alimentar á provincias enteras en tiempos de escasez, y socorrer á los prisioneros. ⁽⁵⁾

Pero, á la vez que esto, perseguían un fin aun más elevado, un fin puramente espiritual. ⁽⁶⁾ El abate Pablo hallaba de qué vivir en su pequeño jardín. Habitaba tan lejos en el desierto, que si hubiese querido vender las cestas que fabricaba, el transporte le hubiese costado más de lo que valían. No obstante, trenzaba escrupulosamente cierto número de ellas cada día, y las quemaba cuando el montón era muy grande, porque estaba convencido de que es im-

(1) *Vitae Patrum.*, 3, 199.

(2) Thomas, 2, 2, q. 187, a. 3.

(3) Cassian., *Inst.*, 10, 8 y sig.

(4) *Vitae Patrum.*, 3, 160; 5, 1, 16. Pallad., *Hist. Lausiaca*, 113. Augustin., *Mor. eccl. cathol.*, 1, 33, 70.

(5) Cassian., *Inst.*, 10, 22; cf. Basil., *Reg. fus.*, 37, 1.

(6) Hieron., *Ad Rustic. ep.* 125, 11 (Vall.).

posible al hombre ascender sin trabajo á la cumbre de la perfección. ⁽¹⁾

Si, pues, estos primeros héroes de la santidad insistían tanto en la unión del trabajo y la oración, era porque, según su convicción, basada en numerosas experiencias, la consideraban absolutamente necesaria para perseverar en el camino de la perfección. ⁽²⁾ Del mismo modo que el trabajo sin la oración no perfecciona, sino que distrae y agobia, así también la oración sin el amor al trabajo, es muerta y estéril. Pero la actividad ordenada y unida á la oración es un excelente medio para matar las pasiones, ejercitarse en la renuncia personal, ⁽³⁾ templar la voluntad, y, con el auxilio de la gracia, hacerla capaz de resolver las empresas más elevadas de la vida espiritual. ⁽⁴⁾

Por consiguiente, compréndese sin dificultad que comprobemos á menudo en los santos y en los maestros de la vida espiritual una habilidad tan maravillosa en la conducta de los asuntos externos. Su infatigable y múltiple actividad, de un lado, y, de otro, la profundidad y fuerza de esta actividad, nos parecen inexplicables. Sin embargo, son muy comprensibles.

Dícennos millares de veces con su vida lo que la *Imitación de Jesucristo* expresa así: «El hombre bueno y verdaderamente piadoso dispone desde luego en su interior todo lo que debe hacer al exterior». ⁽⁵⁾ Ahora bien, cuando todo está en orden en el interior, el trabajo externo resulta fácil.

Santa Gertrudis tenía costumbre de decir: «Cuando el poder de Dios y la buena voluntad bien ordenada están unidos, cinco dedos aptos para sostener un huso bastan para hacer algo útil». ⁽⁶⁾

Los santos estaban convencidos de que «la fuerza debe

(1) Cassian., *Inst.*, 10, 24.

(2) Cassian., *Inst.*, 10, 24.

(3) Cassian., *Inst.*, 10, 14. Basil., *Reg. fus.*, 37, 1.

(4) Cassian., *Inst.*, 10, 4.

(5) *Imit. Christi*, I, 3, 4.

(6) *Vita B. Gertrudis ab Oosten*, 2, 8 (Boll. 6 Ian.).

brotar del santuario del corazón», ⁽¹⁾ según la expresión de un poeta.

Con esto hemos resuelto el enigma de la inagotable fecundidad espiritual de los santos. Puedense proponer á las almas que están unidas así á Dios, y que gozan de semejante paz interior, las empresas más difíciles, que ellas las resolverán.

Ana de Jesús dió pruebas de tal prudencia, no sólo en la administración de sus cargos religiosos, sino también en los consejos relativos á cosas externas de la más alta importancia, que un hombre muy autorizado para juzgarla ha podido decir de ella «que hubiese sido un excelente primer ministro en cualquier Estado». ⁽²⁾

Dante hubiera podido decir de cualquier otro santo lo que dijo de Santo Domingo:

«Poseía vasta ciencia, y supo cultivar la viña que languidece cuando no la cultiva el viñador. Después de solicitar y obtener de la Santa Sede el derecho de combatir la depravación del mundo, lanzóse como un torrente formado por lluvias copiosísimas. Su impetuosidad hirió los gérmenes de la herejía con fuerza tanto mayor cuanto que más resistencia se le oponía. De esta fuente nacieron muchos arroyos que bañan el jardín católico y refrescan sus arbustos». ⁽³⁾

13. Los santos son útiles á todo; su universalidad y su profundidad.—Explica esto igualmente otro aspecto de la vida de los santos. Con frecuencia quisiéramos imitarlo, pero nos faltan aptitudes para conseguirlo. Nos referimos á su maravillosa universalidad.

Inclinamos melancólicamente la cabeza cuando vemos á un San Bernardo, ora conducir centenares de monjes á la santidad, ora mantener relaciones con reyes y emperadores, ya enseñar, defender y amonestar á papas, ya desplegar su celo contra incrédulos y herejes, ya arrastrar con

(1) *Lohengrin*, 7, 763, 5 (Junghans).

(2) Lantages, *Agnès de Jésus* (Paris, 1863), I, 506, 509.

(3) Dante, *Parad.*, 12, 97 y sig.

su palabra, en un concilio ó en una dieta, á los hombres más notables. Y crece nuestra admiración cuando pensamos en la magnitud de su correspondencia, en sus viajes, en sus continuos sermones, en las visitas que le agobiaban con su número. Pero la medida de nuestro asombro se desborda cuando, no obstante todo esto, vemos cuán capaz era aún de llevar una vida tan continua de oración, y de demostrar que era bueno para algo allí donde se le llamaba.

Lo mismo observamos en los santos que fueron sabios, en Santo Tomás de Aquino, San Buenaventura, en Dionisio de Chartreux y muchos otros. Tanto escribieron, que no acierta uno á comprender cómo tuvieron tiempo para orar. Mas tanto oraban, que no vemos dónde podían hallar tiempo para escribir. Y, sin embargo, se entregaban aún á la predicación y á la poesía, viajaban continuamente, recibían numerosas visitas, respondían á multitud de preguntas, trataban innumerables asuntos. Y todo les salía bien.

Ante semejante universalidad, nos sentimos confundidos á causa de la esterilidad de nuestra vida y la estrechez de nuestro horizonte. Experimentamos entonces la tentación de ensanchar el círculo de nuestra actividad, de hacernos útiles, de darnos á conocer, y nos precipitamos por las calles, ingresamos en todas las asociaciones, fundamos otras nuevas, y queremos contribuir á todas las buenas obras, formar parte de todas las grandes empresas, y que se nos tenga en todo tiempo y lugar por importantes é indispensables.

Así es como los mismos excelentes santos contribuyen á que este espíritu superficial, inquieto y entregado por completo á las ocupaciones mundanas, se implante, por decirlo así, en el templo de Dios con la aureola de la santidad sobre su cabeza. Y para que esto ocurra con más seguridad, fabricamos santos á capricho, como fabricaban ídolos los paganos. De San Pablo hacemos un periodista, un conferenciante ambulante; de San Vicente de Paúl un entu-

siasta fundador de asociaciones; de Santa Catalina de Sena la primera representante del moderno feminismo.

Pero ¿qué hemos ganado con este espíritu? Estamos en todas partes, y, no obstante, no nos hallamos en ninguna. Sin embargo, cualquiera puede estar seguro de encontrarnos allí donde llenamos de obstáculos la empresa. En cambio, nadie nos halla cuando necesita de nosotros. Intervenimos en todos los negocios, de los cuales no comprendemos ni palabra; queremos hablar de todo lo que no nos interesa; pero cuando se trata de nuestros propios deberes, no prestamos atención á los ajenos consejos. Nos mezclamos en todo juicio, y, según nosotros, nuestra opinión es siempre la mejor; sólo que, cuando se trata de nosotros, no sabemos dirigirnos. Todo y nada, apariencias sin realidad, superficialidad sin profundidad, trabajo sin solidez; he aquí lo que nos caracteriza.

Y tras esto, nos preguntamos cómo los santos han podido ser utilizables en todo, y cómo han podido unir tal universalidad con tal solidez.

Estemos bien persuadidos de que no han obrado como por arte de encantamiento. Por otra parte, jamás han hecho de su conducta un misterio. Bastaría que examinásemos tranquilamente su vida y sus actos, con intención de instruirnos, para obrar como ellos.

Lo que hacía tan activa, tan llena, tan fecunda su vida externa, era su vida interior. Sólo se proponían una cosa: cumplir la voluntad de Dios y santificarse por este medio. Cuanto más interiormente vivían para Dios, más profunda era su calma y su santa indiferencia respecto de lo exterior. Su único cuidado al obrar así consistía en satisfacer por completo á Dios y en servirle con la mayor perfección posible.

Así, pues, de su interior sacaban la fuerza necesaria para llevar á cabo sus acciones externas. Y por cuanto en todas éstas sólo buscaban á Dios, y por cuanto renovaban lo gastado sacándolo en abundancia de su corazón, esta fuente inagotable de vida, jamás eran pobres, antes, por lo contrario, siempre tenían para dar.

Escuchemos uno de ellos, cuya actividad fué maravillosa, San Gregorio el Grande: «Quién no cumple—dice—los deberes impuestos por Dios, prueba que no le ama. Y si el Hijo de Dios abandonó el seno de su Padre para el bien común de la humanidad, ¿por qué preferir nuestro reposo á la utilidad del prójimo?»

«Entre los mandamientos, hay, sin embargo, uno que ordena amar á Dios y al prójimo. Por amor al hombre, ofrecióse Elías á Dios como obrero. Por amor á Dios, procuró Jeremías sustraerse á la misión que había recibido. Ambos obraron bien, ambos procedieron impulsados por el mismo espíritu. El uno no hubiese ofrecido jamás sus servicios á Dios, si no se hubiese visto previamente purificado con un carbón encendido, y el otro rehusó el trabajo que se le había pedido, porque no se creía suficientemente puro y fuerte para llevarlo á cabo».

«En cuanto á mí,—continúa el gran papa—vivo en tal torbellino de asuntos, que me siento casi como desterrado de la faz del Señor. Con temor y azoramiento, me veo en esta situación. No que tema algo contra mi persona, pues, si tiemblo, es por aquellos en cuyo provecho despliego mi actividad. Porque en medio de semejante universalidad, las palabras del Profeta: «Se desvanecerán como el humo»,⁽¹⁾ encuentran con demasiada facilidad su aplicación. Cuanto más aumenta la actividad, más vacía resulta.»

«Por eso—concluye—todas las precauciones serán pocas para evitar que los cuidados dominen el corazón y la cabeza. El solo hecho de lanzarse con impetuosidad al trabajo, es ya censurable. Por eso, los que se ven obligados á entregarse á trabajos externos, deben ponerse en guardia contra toda diligencia inmoderada. Un buen medio para lograrlo consiste en llegar, por medio del recogimiento, la oración y la meditación, á hacer todos los actos como si estuviesen en el dintel de la eternidad».⁽²⁾

(1) Psalm. XXXVI, 20.

(2) Gregor. Magn., *Ep.* 7, 4; *Reg. pastor.*, 1, 7; *Ep.* 1, 5; *Ep.* 7, 4; *Ep.* 7, 29.

Así hablan los santos.

He aquí todo el secreto que deberíamos aprender en su escuela. Si, á ejemplo suyo, procurásemos llevar á cabo nuestra empresa propiamente dicha, no en obras y prácticas externas, sino en el recogimiento exterior, en la pureza de intención y en la unión con Dios; si, por otra parte, supiésemos conservar en medio de todas nuestras ocupaciones la libertad de espíritu, y pensar en lo único necesario, podría Dios servirse de nosotros como se ha servido de ellos, y, como lo ha hecho con ellos, podría hoy ponernos de relieve, y enviarnos mañana á la cocina ó á la leñera, y podría también derramar sus bendiciones sobre nosotros, porque sabría que nos proponemos, no tal ó cual acción, sino únicamente su voluntad, no nuestro honor, sino el suyo.

Creyó por un instante San Enrique que tenía vocación religiosa, y también lo creían cuantos le rodeaban. Sin duda que hubiese sido un monje santo, lo que, sin embargo, no le impidió ser un santo emperador y un santo guerrero. Y llegó á serlo, porque fué un príncipe y un caballero perfecto.

La soledad y la contemplación no impidieron que Santa Rosa de Lima fuese—como se dice en la Bula de su canonización—una mujer fuerte que comprendió el arte difícil de evitar las contrariedades domésticas, que hacía los trabajos de sus padres antes que se levantasen, y que superó á las más hábiles mujeres en los quehaceres domésticos.⁽¹⁾

Lo mismo ocurrió con Santa María Magdalena de Pazzis,⁽²⁾ Santa Hildegarda⁽³⁾ y Santa Catalina de Génova.⁽⁴⁾

Todas llegaron hasta el punto de que aun sus éxtasis

(1) Bolland. Aug., V, 1014 y sig. (n. 172; Palmé).

(2) Ceparí, *Vita S. M. Magd. de Pazzis*, 21, 213, 214. Puccini, *Vita eiusdem*, 1, 10, 111.

(3) Godefrid., *Vita S. Hildegard.*, 1, 2, 11, 12.

(4) *Bulla canonisat. S. Cath. Fliscæ Adornæ*, n.º 42 (Bolland. Sept. V, 184, Palmé).